

RAÚL HERAS,
PERIODISTA

El espejo roto



En la década de los años 50 del siglo pasado, como una de las salidas al desastre humano, social, político y económico de la II Guerra Mundial y al choque ideológico entre los dos grandes bloques que se formaron en el mundo: el del capitalismo democrático, por un lado, y el del socialismo dictatorial, por otro, se “inventó” el llamado capitalismo popular: la naciente y creciente clase media podía ser y sentirse como uno de los “ricos” de siempre: podía invertir en Bolsa, podía obtener rendimientos de sus ahorros, podía hablar con sus amigos de acciones, obligaciones, fluctuación de valores... Millones de personas y de familias se miraban en el espejo de los dividendos de unas compañías de las que “ellos” eran los propietarios.

Bancos y grandes empresas dejaron de ser de unos cuantos apellidos para pasar a ser de millones. En las juntas generales, codo con codo, se sentaban y compartían las casi siempre buenas noticias los que tenían una acción con los que tenían miles. Enfrente y desde los sillones de los consejos de administración, los gestores cantaban sus propias alabanzas. No es de extrañar que muchos se dejaran arrastrar por el sueño de que se estaba inaugurando una nueva era en la que los conflictos sociales y las divisiones entre ricos y pobres tendían a desaparecer. Francis Fukuyama se permitió decir y escribir que estábamos en el final de la historia al encarar el final de las ideologías.

Setenta años más tarde el espejo se ha roto en pedazos y la gran crisis financiera de comienzos del siglo XXI en la que estamos (y parece que por

mucho tiempo) ha dejado a los más pobres donde estaban, a la clase media casi desaparecida, y a los más ricos de los ricos mucho más ricos de lo que eran. El llamado capitalismo popular ha arruinado a millones de familias que invirtieron sus ahorros en bancos y empresas que han terminado en quiebras y desapariciones. Los gestores de esas compañías han abusado de las normas que ellos mismos se habían dado para manejar a su

antojo los valores, las inversiones, la estrategia y el futuro de unos medios hasta tal punto que los “otros gestores”, los que elige la sociedad cada cierto tiempo, los políticos, no han tenido más remedio que intentar contener la avaricia y se han puesto a regular los usos y maneras que imperan en la jungla financiera para “proteger” a los más pequeños e impedir que esas ingentes cantidades de dinero ahorrado por las familias desaparezca de los flujos financieros a nivel internacional, al desaparecer por completo la confianza de la sociedad en el propio sistema.

Los pequeños inversores son imprescindibles para que el sistema funcione. Sin ellos, la maquinaria financiera que mueve el mundo globalizado se colapsaría. Así lo ha entendido el Occidente liberal y el Oriente socialista y así se han puesto en marcha medidas y normas legales para proteger a esos miles de millones de euros, de dólares, de yenes y de rublos que llegan cada día a los mercados en busca de una rentabilidad que se diluye en parte en impuestos y “gastos de gestión”, salvo para aquellos que pueden acudir de forma más o menos legal a los paraísos fiscales.

La Europa de los 28 estados aprobaba en el Parlamento de Estrasburgo, a mediados del mes de abril, una serie de leyes que deberán proteger a partir del año 2016 a los pequeños ahorradores, un objetivo encomiable pero que tendrá dudosos resultados ya que se basa en mayores dosis de información acerca de los productos en los que esos mismos inversores depositan sus ahorros, tales como seguros de todo tipo, depósitos que no están estructurados y planes de pensiones. Todo eso que aparece con un lenguaje más técnico que comprensible para la inmensa mayoría de las personas que se acercan al mundo de la inversión de la mano de los gestores y directores de las oficinas bancarias.

Se pretende limitar la capacidad de los fondos de inversiones para mover a su antojo los valores que se cotizan en las distintas bolsas del mundo. Y la aún mayor capacidad de los directivos de esos mismos fondos y de las grandes compañías para mover esos miles de millones en una dirección u otra. Algo que era imprescindible para salir del colapso en el que entraron las finanzas mundiales a partir de 2006 pero claramente insuficiente si vemos lo que ha ocurrido ocho años más tarde, pese a los inmensos volúmenes monetarios que los Bancos Centrales han inyectado en el sistema y las durísimas políticas de ajuste que han puesto en marcha los distintos gobiernos para sostener la economía mundial y que han priorizado los apoyos a los bancos antes que a las personas, con resultados más que discutibles si vemos que Europa tiene un encefalograma plano, que el dinero que emite su Banco Central está prácticamente a interés cero, que las cifras de paro siguen siendo alarmantes, y que aquellos millones de pequeños inversores que habían colocado sus ahorros en distintos productos de inversión creyéndose ricos han descubierto que son más pobres y que sus fondos han desaparecido o valen mucho menos.

Setenta años de ilusión han desembocado en una cruda realidad: el capitalismo popular que impera en todo el mundo con independencia del color político que rija en uno y otro país, necesita con urgencia de tratamientos de choque para evitar que las estructuras sociales salten por los aires. No basta con aprobar normas y leyes, que luego se muestran ineficaces por la mayor libertad y rapidez de movimientos de los responsables de los gigantes de la inversión, siempre en busca de nuevas víctimas sobre las que abalanzarse hasta dejarlas exhaustas.

La defensa de los pequeños no es solo una cuestión de justicia social, es sobre todo una necesidad de supervivencia para el sistema: si desaparece la clase media, que es el gran colchón que todo lo amortigua, y las diferencias entre una minoría de muy ricos y una mayoría de pobres se hacen más grandes, el resultado será el conflicto, la violencia dentro de los países y entre los países. Violencia producto de las desigualdades económicas y ocultada detrás de planteamientos ideológicos y religiosos con los que arrastrar a aquellos que más han perdido y menos tienen.

Basta con echar un vistazo a los medios de comunicación cada día para ver que la guerra como recurso está tan presente como en los peores días del siglo pasado. Guerras civiles que se extienden desde Ucrania a Siria, desde Irak a Afganistán. Aquí no hay pequeños inversores defendiendo sus ahorros y mirando los vaivenes de la Bolsa; lo que aparece es la desesperación y el horror de pueblos enteros que son utilizados para equilibrar cuentas de resultados y balanzas comerciales. El espejo en el que comenzó a mirarse la sociedad en la mitad del siglo XX se ha roto y los intentos para pegar los trozos terminarán en fracaso. Los políticos, nuestros políticos, tienen la obligación de crear y ofrecer a los gobernados un nuevo espejo. Y si fracasan los cristales dejarán millones de cicatrices en millones de nosotros.

Los pequeños inversores son imprescindibles para que el sistema funcione. Sin ellos, la maquinaria financiera que mueve el mundo globalizado se colapsaría
